

# Estilo de Alfonso Alcalde

EL TEATRO, la prensa, la literatura íntima —es decir, la que ejerce su influencia sobre un lector en la soledad— y más recientemente la radio y la TV, son los elementos que van contribuyendo con plena eficacia a la formación cultural del hombre. La actividad dramática ha refluído de modo decisivo sobre el espectador. El Siglo de Oro hizo a los españoles de esa centuria muy pedantes y los contemporáneos de Lope hablaban como sus personajes. Hasta el "gracioso", que era por lo general un patán burdo y zarrío, enredaba su charla de campesino ignaro entre filosofías. Los de Calderón "calderizaban" y manejaban el hiperbaton con diestra fluidez —"en una de freir cayó caldera..."—. Menos mal que la influencia de la cortesía y de la mesura de Ruiz de Alarcón con su didactismo mexicano compensó aquellos excesos. Después, la acción de Moreto se suma a esas buenas lecciones.

En cambio Shakespeare, más poeta e inclinado al habla natural, hizo del ciudadano inglés de su días un admira-



Alfonso Alcalde

ble cultivador del bien decir. Recuerdo haberle oído decir a Herbert Read que según ciertos testimonios irrefutables, nunca se ha hablado mejor en las Islas. Entre nosotros se va por mal camino. No son los garabatos y los desenfadados expresivos los que deben alarmar, sino la indigencia lingüística, la ausencia de vocabulario, la falta de imaginación para urdir un texto medianamente interesante. Las traducciones son de una pobreza franciscana y de una gárrula y pedestre lengua. Esas malhadadas versiones están habituando a nuestros dramaturgos a los más condenables descuidos.

Por eso es de señalar, como una excepción, el caso de Alfonso Alcalde. Entre otras virtudes tiene la primordial de una lengua popular, nutricia, sabrosa y

muy a tono con el medio geográfico y espiritual en donde se desarrolla la acción. Con Alcalde se produce una reacción favorable, la vuelta a la belleza de lo esencial de la dramaturgia que no es esteticismo y que no es sólo acción y peripecia. Que está en el instrumento expresivo. Un director francés, hombre de izquierda y gran innovador de la escena gala, dio, con la forma justa, al señalar la jerarquía de la palabra. "Sire le Mot." Es decir, para este "metteur-en-scène" lo verdaderamente revolucionario en el teatro consistía en devolverle a la palabra —"mot"— su entera dignidad.

En los campos y en los medios humanos de pescadores se ha conservado el gusto —el regusto, diría mejor— por el buen decir y por una forma casi inefable de humor. La palabra, el término justo, la voz llena de sonos eufónicos que parecen cargados de esencias terribles, es el pensamiento del pueblo, su metafísica, su esencialidad. La misma que tiene en el texto de Alcalde.

Aquí está a mi juicio la desdofiosa ausencia del afán de modas. La parla del agro y de la marina no cambia más que por sus pasos contados y de un modo funcional. Hay quien habla, con error, ante este fenómeno, de anacronismo y de lenguaje arqueológico. No es eso. Es el instinto de la pureza primitiva, que no debe confundirse con la llamada por los filólogos "lengua literal". Es decir, la conservada en su estado de literalidad primigenia en las obras escritas del pasado.

En todo esto pensaba cuando en mi butaca del Camilo Henríquez me llegaban los sonos de la prosa que encierra ese esquema dramático que ha sido reducido por el adaptador José Caviedes. No sé en realidad hasta qué punto es fiel a la materia prima de su trasiego. Creo que el experimento teatral vale por los personajes, por los símbolos, por el lenguaje que —repite— es bello. Como obra teatral, en el estricto valor del término, sé malogra por el escaso clima escénico de la adaptación.

Quiero insistir en lo que señalé al principio. Esta vuelta al rigor de la palabra constituye un buen sintoma. Si el caso se produce en el teatro, medio cultural masivo, tanto mejor que en el libro. Si éste a la larga es de efectos más valiosos, carece de la fuerza "percutiva" de la literaura dramática. En el Madrid borbónico —aproximadamente entre 1914 y 1930— existía verdadero horror por la cursilería (siutiquería). Este horror lo creó Benavente con los alfilerazos de su teatro. Se creó entonces una enfermedad peor: la anticursilería que es, en buenas cuentas, una supercursilería. Benavente era bastante cursi, doblado además en homosexual. Es decir, de una siutiquería refinada. Señaló esto para subrayar el efecto educativo —o "mal educativo"— del teatro.

¿Cuánta buena labor en este dominio podrían hacer los canales de TV? Un sólo ejemplo. En el 13 —filial de una Universidad, ¡señor!— se le paga a una niña para que aparezca en cierto programa de rifa. Lo que dice incansablemente es "de toas maneras" y algún sí y un no. Increíble. Porque de su bella boca no salen otras palabras incansablemente. Pero de esto y de otras cosas afines seguiremos hablando, si el paciente lector me lo permite.